

El norte de México, “la otra frontera”: hispanización o americanización (siglos XVI-XVIII)

Thomas Calvo*

En el continente desta dilatadísima provincia hay mas de cien leguas de tierra árida e infructífera; pero es la mas socorrida de oro y plata, siendo principio observado de esta provincia, que nunca se descubren minas de oro ni plata en tierras fértiles y fecundas, sino en asperezas y sierras desiertas de arboledas y peladas [...]. Es altísima y divina Providencia, para que por este medio, se vaya poblando este Nuevo-Mundo, y es el caso que a todos los minerales ricos que se descubren, luego acuden multitud de gente al eco sonoro de la plata, de cuantos lugares hay de América, y como el sitio en que se descubren las minas es infructífero de los necesarios mantenimientos, logran los labradores y criadores de los contornos el espendio de sus semillas y ganados; y como estos solos no pueden dar abasto al gentío que concurre, se ven precisados otros, o por la necesidad o por la codicia, a descubrir nuevas labores, y poblar nuevas estancias de ganados aun las tierras de mayor peligro por los bárbaros.

José Arlegui, *Crónica de la provincia de N.S.P.S. Francisco de Zacatecas*, México, 1851 [1737], pp. 120-121

Un tema así no nos permite mantenernos serenos. Está primero el espacio: una porción de círculo de cerca de 2000 kilómetros de radio (la distancia de México-Santa Fe), con centro en Mé-

xico y delimitado por el segmento de San Francisco a Natchitoches (Texas), es decir 3 millones de kilómetros cuadrados de espacios abiertos, que durante cerca de cuatro siglos son el escenario de un *western* con mucho más colorido que el otro. Será necesario pues resistir en primer lugar a la embriaguez, la exaltación que produce la manipulación de una materia así. La inspiración épica es hermana de la esquematización, sobre todo porque tanto ayer como hoy estamos sobre líneas de fractura, de las cuales la *borderline* no es más que el último (pero no uno de los menores) avatar. Está además la historia: al abandonar este espacio hacia 1800, en el momento en que se va a fracturar, modificar totalmente su realidad, tenemos la impresión de quedarnos a medio camino. Todo nuestro esfuerzo será entonces para ayudar a comprender, por anticipación, lo que puede sobrevivir, o zozobrar, después de 1821 (tratado Adams-Onís) y 1848 (tratado de Guadalupe).

Las dimensiones espaciales, míticas e ideológicas van a acompañarnos a todo lo largo de este trabajo: ayer estábamos sobre el trazado de una frontera entre “los nuestros” (entendamos los civilizados) y “los desnudos” o “bárbaros”, para retomar la terminología del siglo XVI, a la cual se substituye ahora la de Norte y Sur. Paradójicamente, los términos se invirtieron: los dominantes, al norte, reemplazaron a los salvajes de ayer. Lo que es más, esos dominantes construye-

* Universidad de París X. Traducción: Araceli Rodríguez Tomp.

ron su identidad a partir de la construcción de su frontera. Estamos prevenidos: tendremos no solamente que componer con el mundo multiforme de la frontera española, sino también con el discurso mítico de F. J. Turner.¹

Nuestra primera preocupación debería ser la de escapar al reproche que persigue a Turner de haber definido mal su concepto, oscilando entre percepción ideológica (una identidad a formar) y geográfica (un espacio a conquistar).² No tendremos mayor éxito que él: para los contemporáneos que vivían en el norte de la Nueva España, en los siglos XVI-XVIII, la frontera no era este "cómodo" límite territorial que frecuentamos. Ellos tenían, por otro lado, otra palabra para eso, neutra, sin sabor, la *raya*, es decir, la línea trazada (en los mapas o en otro lado). Ésta no implicaba forzosamente la separación entre mundos diferentes, ya que la *raya* delimitaba los diferentes reinos hispánicos en el interior mismo del virreinato (entre Nueva Galicia y Nueva España por ejemplo). En el *Tesoro de la lengua castellana* de S. de Cobarruvias (1611) hay una entrada para *raya*, no para *frontera*.

Esto no quiere decir, desde luego, que el mundo hispánico no haya conocido, y muy pronto, el término y no lo haya aplicado a su realidad. La Reconquista fue una larga guerra de frontera, de la cual la toponimia conservó huellas (Jerez de la Frontera), y pasó al Nuevo Mundo (Segura de la Frontera, Jerez de la Frontera de nuevo). El término se volvió así connotado, ligado a este episodio violento: en 1531 el ayuntamiento de León (Nicaragua) se indigna de que el gobernador de Guatemala hubiera bautizado una ciudad, en los límites de las dos jurisdicciones, San Miguel de la Frontera, "como si estuviera en frontera de moros".³ Con el tiempo, el término pierde (un poco) esta coloración, y en el gran diccionario llamado de Autoridades (1726) se verá aparecer *frontera*, sinónimo de *raya*. Pero sobre todo figura ahí la entrada *fronterizo*, apoyada en dos citas que se refieren al universo americano (Chile y Nueva España).

Sigamos pues el concepto en su perspectiva americana: está presente, a veces hasta la obsesión, en toda la terminología y la literatura ligadas a los "confines", en particular del norte del

México actual. Esto significa que los contemporáneos tenían el sentimiento de vivir en un mundo de frontera, o más bien, para hablar como ellos, de *fronteras* o *fronterizo*. ¿Qué quieren decir con eso? Nuestro mejor informador es José Hermenegildo Sánchez García, miliciano del noreste mexicano (Nuevo Santander) en la segunda mitad del siglo XVIII, que nos dejó un libro de recuerdos muy personales y cautivadores.⁴ Repite el término a la saciedad, pero bajo formas que hay que analizar: aparecen *frontero*, es decir en frente, cara a cara,⁵ y *fronteras*, que designa las zonas de ruptura, de conflicto.⁶ Así se derivan tres términos, en este universo, de una misma raíz. *Frontero* nos remite a frente, o si se prefiere a enfrentamiento, desde la perspectiva de una de las dos fachadas. *Fronterizo* (muy extendido en el calificativo de *indio fronterizo*) realza una situación, una cualidad, o más generalmente un contexto. *Fronteras*⁷ describe un universo fragmentado, una zona de fallas profundamente plumeada, cada una individualizada y todas semejantes. Aquí ya no es cuestión de *raya*, de límite compartido, sino de espacios vividos, fuertemente polarizados, y al mismo tiempo anclados en una larga tradición.⁸

Los cinco círculos del mundo hispánico

Cuando se implantan en el norte de la Nueva España, en el segundo cuarto del siglo XVI, los españoles ya atravesaron tres círculos: otras tantas fronteras. Las dos primeras son esenciales, fijan las reglas para lo que ha de seguir. Fracturar el frente inicial va a exigir mucho tiempo (cerca de siete siglos), es pues, ante todo, formador. Dominan el carácter privado y semifeudal de las expediciones e implantaciones de frontera, la puesta en tutela de las poblaciones —*encomiendas*—, las cabalgatas y razzias de esclavos —*cavalgadas*—, las prácticas de "frontera" (concentración de las poblaciones, expulsiones, colonización), la exaltación de la guerra santa. Una epopeya tal (y sus márgenes) no podría ser olvidada: hacia 1610, Gaspar de Villagra, autor de un poema con mucho ruido y poca gracia sobre la conquista de Nuevo México, se acuerda:

Como españoles bravos que se arrojan
por la famosa tierra berberisca
a cautivar los moros desmandados.⁹

Franquear el segundo círculo es un episodio de una extrema brevedad y brutalidad: se extiende en algunas decenas de años a través del mediterráneo caribe. Pero ese momento está marcado por un elemento nuevo: el descubrimiento (negativo en su aprehensión) de la dimensión del Otro, caníbal, lujurioso y no urbanizado.¹⁰ La deshumanización, voluntaria o no, se añade a los elementos ya evocados, aun si la cruzada se vuelve aquí una guerra de mundos, muy desigual por su parte. Encontraremos otra dimensión que se afirma, marítima; es cierto que ya acompañaba los últimos tiempos de la reconquista (desde mediados del siglo XIII).

Al desembarcar en 1519 en las costas de México, Cortés y sus hombres (luego más tarde, en otro terreno, Pizarro) penetran en el tercer círculo, abren una tercera frontera. Su duración es muy breve (algunos años); este episodio permite a la experiencia acumulada expresarse plenamente, con un menor costo humano (todo es relativo). Está marcada por el doble sello de la evangelización y de la urbanización. Reanuda, en fin, en lo esencial, la tradición continental. Es el círculo fundamental porque se aplica a lo esencial del espacio densamente habitado (unos 30 millones de hombres, para los “imperios” azteca e inca).

El cuarto círculo se abre en los años 1530-1540, concéntrico al precedente, primero al norte de la Nueva España (Nueva Galicia), después al sur de la Nueva Castilla (Chile). La guerra “a fuego y sangre”, como en los peores momentos de los dos primeros ciclos, se vuelve una realidad, y por cerca de cuatro siglos. Pero retenemos también aquí, en los intersticios, lo esencial del mensaje cristiano y urbano de la frontera anterior.

De hecho, salvo el primero, todos los círculos nacieron de un *quid pro quo* ligado a una barrera desconocida, interpuesta en la ruta de las especias. Hay que hacer desembocar entonces esta vía comercial desviada por un tiempo. Y así se abre el quinto y último círculo, uno de cuyos

puntos de aplicación está además en el límite norte del México del XVI. Es de allí (Puerto de Navidad) que partirá en 1564 la expedición que inaugura verdaderamente la colonización de las Filipinas, en relación con el mundo americano. Aventura marítima y que, conducida paralelamente a la exploración y construcción del cuarto círculo —el que nos ocupa—, tendrá ciertas repercusiones sobre él.

De una frontera a la otra los lazos son estrechos: están las herencias, las continuidades ya evocadas. Por el momento subrayemos lo más evidente, ligado a las personalidades que pasaron de uno a otro de estos espacios, que los unen inextricablemente y dan coloraciones vecinas al estrépito de esos universos. Uno de los personajes principales de la conquista de México (después de Cortés) es Pedro de Alvarado: venía de las Antillas (segundo círculo). Participó en la integración de la tercera frontera, en México, en Guatemala, en Quito. Se aprestaba a partir hacia el Extremo Oriente (quinto círculo) cuando murió en 1541, en el transcurso de los primeros sobresaltos de la frontera norte de la Nueva España (cuarto círculo). Donde quiera llevó su lustre, pero sobre todo su brutalidad; caballero errante sin fe ni ley, fue el guerrero de una frontera dilatada, marcada por el hierro candente de la esclavitud. Fue sin duda uno de los pocos para quien no hubo nunca sino un solo círculo, rodeado de fuego y de sangre.

Igualmente significativa es la carrera de Sebastián Vizcaíno, que en 1577 sirve al rey en la frontera de Portugal, con armas y caballos. Lo volvemos a encontrar en Manila en 1586-1589. Diez años más tarde (1596-1597), cosecha un fracaso en las costas de California. Esto no lo desalienta puesto que en 1602 se dirige a una nueva expedición, rica en enseñanzas. Manifiestamente este aventurero no tenía madera de diplomático, sin embargo, en 1611 conduce una embajada (otro estrepitoso fracaso) en la corte de Japón; terminará sus días tranquilo en el linderero del norte mexicano (provincia de Avalos).¹¹ ¿Una actividad desordenada? Tal vez, pero le debemos el primer acercamiento cartográfico detallado de California. Retengamos la lección: la frontera, puesto que se define en términos de

enfrentamientos, de falta de conclusión, puesto que extiende todas las situaciones al extremo, supone la repetición, la acumulación de fracasos para lograr un conocimiento —una dominación— de los parámetros del espacio. De ahí un gigantesco gasto de medios que puede rebasar las posibilidades inmediatas de un imperio tan dilatado.

De una frontera (americana), la otra

Para Turner, la frontera norteamericana se borra en los años 1880-1890, con la desaparición de todo frente pionero. En el marco mexicano, este frente de avanzada se estabilizó a finales del siglo XVIII¹² —pero había alcanzado lo esencial de sus límites desde 1600—. Constituyó entonces un *limes*¹³ que entremezclaba fortines (*presidios*) y misiones; de San Agustín (Florida) a San Francisco (Alta California), de una orilla a la otra; dos veces más extenso que el del Rin-Danubio al alba de nuestra era.¹⁴ No es sin embargo sino hasta los años 1930, con la pacificación definitiva de los yaquis de Sonora, que los últimos fuegos de frontera se extinguen en México. Ésa no es sino una primera diferencia, que afecta la aprehensión del espacio, progresivo, metódico de un lado, rápido, casi compulsivo del otro (esquemmatizando por comodidad).

A. de Tocqueville, anticipándose a Turner (yendo incluso más lejos) lanza el principal debate: la frontera norteamericana es portadora de democracia, la hispánica es retrógrada. De un lado “avanzan leñadores que penetran los bosques, alejan a las bestias feroces, exploran el curso de ríos y preparan la marcha triunfante de la civilización a través del desierto”; los españoles, por su parte, “hicieron enrojecer a la civilización con sus triunfos”¹⁵. Notemos cuánto influye la leyenda negra en su pensamiento... Pero va más lejos: “¿en qué porción del mundo encontramos desiertos más fértiles, ríos más grandes, riquezas más intactas y más inagotables que en América del Sur? Sin embargo América del Sur no puede soportar la democracia”. Y concluye, “las causas físicas no influyen pues tanto como se supone en el destino de las naciones”¹⁶.

Resumiendo: ¿los rasgos del Septentrión mexicano, esta “Aridamérica” (Paul Kirchhoff), podrían depender únicamente de la realidad humana? ¿La conquista de este espacio vacío por colonos homólogos de los leñadores y tramperos cantados por Tocqueville y Turner habría permitido aflojar el garrote de una sociedad demasiado jerarquizada? He aquí dos (grandes) señalamientos para nuestra reflexión. Podemos añadir otro: árido o no, sanguinario y reaccionario o no, este conjunto gigantesco, situado en sus confines a tres o cuatro meses de distancia-tiempo de México (más que la travesía del Atlántico), se mantuvo, al menos hasta 1821. Después se dislocó: ¿únicamente bajo el empuje externo (angloamericano)? Es éste un buen revelador de las capacidades de integración (espaciales entre otras) de este imperio, innovador, experimental en algunas de sus facetas, constituido por la Monarquía española.

Tocqueville describe un espacio angloamericano supuestamente vacío, Turner sugiere apenas las tribus indias y menos aún la sociedad mestiza (por ejemplo la que Estados Unidos hereda de la fragmentación del imperio español, después de México). De entrada, al tratarse del universo fronterizo hispánico, la dimensión indígena toma un relieve esencial: es la mayor dificultad a vencer, durante cerca de cuatro siglos, y la historiografía —desde las primeras crónicas— hace eco ampliamente de ella, por lo demás en otro norteamericano, Bolton. Esto traduce una sensibilidad diferente al problema presentado por el otro.

Un punto de geografía física —no hay que marginarlo demasiado, diga lo que diga Tocqueville— contribuye a diferenciar las modalidades de dominio sobre el espacio. En el marco de la progresión angloamericana, las barreras se levantaron como tantos obstáculos perpendiculares (Apalaches, Rocallosas). Estos macizos fueron hiatos, actuaron de manera determinante, según Turner, aislando los centros de colonización y garantizando con ello su “americanización”. La geografía mexicana tiene la misma disposición (por lo demás unos dos millones de kilómetros cuadrados son comunes a las dos fronteras): dos moles (la Sierra Madre Occidental y la Oriental),

enmarcan tierras altas (la Meseta central) que al norte desembocan en las altas planicies americanas (Nuevo México, Texas). Pero aquí, salvo para ciertos reductos (Sierra de Nayarit, por ejemplo), la incidencia de esas barreras rocosas es débil. Es que el frente de conquista subió del sur hacia el norte, desde México y sus postas (Zacatecas, Durango, Parral, Saltillo), y corrió paralelo a los accidentes del terreno. La "continuidad continental" no fue nunca rota verdaderamente, gracias al largo cordón umbilical de más de 2000 kilómetros que desde el final del siglo XVI unía Santa Fe a México, el *Camino de Tierra Adentro*. Las órdenes, las conminaciones, los productos y los hombres se distribuían ampliamente a lo largo de este hilo y de sus ramificaciones, llevaban al corazón de la frontera los diversos instrumentos del dominio hispánico (a partir de un doble centro, Madrid y México); ésas son las principales lecciones de Bolton.¹⁷ Americanización e hispanización, ¡el debate está lejos de estar cerrado!

Las herencias prehispánicas: la frontera chichimeca

Hasta aquí hemos valorado el aporte hispánico, pero hay que darle lugar a la existencia de un frente prehispánico muy activo hasta el siglo XVI. Esta frontera chichimeca es hoy, en la geografía humana, una curiosidad real: es uno de los límites no "naturales"¹⁸ más antiguos aún en actividad, y esto después de más de dos milenios de buenos y leales servicios... Actualmente separa el norte "dolarizado" y "narco" del resto de la república. Podemos concebirlo también como el límite meridional de una hipotética Mexamérica que sería, territorialmente, la heredera de nuestro Septentrión colonial, del paralelo 36° al 20°.

Al menos hasta el siglo XVI, esta línea, que toma el territorio mexicano al sesgo, separaba los mundos nómada y sedentario, con una brutalidad que tiene pocos equivalentes. Al sur, hasta la actual Honduras, un conjunto relativamente coherente de civilizaciones, identificado por técnicas agrícolas comunes (irrigación), una organización social jerarquizada, estaba sembrado

de ciudades santuarios, dividido en estados constituidos, de la simple jefatura al imperio en gestación, y comprendía noblezas en vías de perpetuación. La parte más visible de esa unidad reposaba en las religiones, los mitos y diversos elementos culturales (arquitectura, calendarios, incluso escrituras) cercanos. Todo esto conducía Paul Kirchhoff, hacia 1940, a bautizar a este conjunto con el nombre de Mesoamérica.¹⁹ Es este vasto territorio (alrededor de un millón de kilómetros cuadrados), densamente poblado a la llegada de los españoles (tal vez 25 millones de habitantes), que la Triple Alianza, dirigida por Tenochtitlan, trata de federar a principios del siglo XVI.

En la vertiente norte del frente, un conglomerado de cazadores recolectores vive disperso en bandas de 30 a 40 individuos. Un semisedentarismo y una agricultura itinerante sobreviven sólo en la Sierra Madre Occidental. Estos grupos se quedaron en la edad de piedra tallada, pero son temibles gracias a sus arcos y sus flechas envenenadas.²⁰ Este conjunto, lingüísticamente muy diversificado, recibió de los aztecas el nombre genérico de chichimecas²¹.

Entre estos dos universos se levanta un muro de odio, y sobre todo de terror que va a heredar el colonizador español. Esta muralla es por lo demás elástica y va a fluctuar según las presiones ejercidas de una y otra parte del frente. En el curso del primer milenio de nuestra era, aprovechando las condiciones climáticas favorables, Mesoamérica sube hacia el norte, a lo largo de la cordillera occidental, apoyada en la cultura llamada chalchihuites. Estos sedentarios, rodeados por un contexto hostil, desarrollaron su propia práctica de "frontera", con reductos militarizados (ancestros de los *presidios*). Las ruinas de La Quemada (a 50 kilómetros al sur de Zacatecas) son sus vestigios más impresionantes. ¿Estuvo este emporio centrado en su impulso hacia el norte, como Zacatecas lo estará menos de un milenio más tarde? Otra anticipación: la vocación minera de esta avanzada, que perfora el suelo en búsqueda de cinabrio (producto de lujo, lo mismo que la plata) o la obsidiana. Alrededor del año 1000 la sequía se acentúa, rompe el equilibrio "armonioso"²² que había terminado por rei-

nar entre sedentarios y nómadas. Unos progresan, los otros deben retirarse (¿o se trata de los mismos, vueltos sedentarios?).

Para los sedentarios, al sur del frente, el norte se convierte en ese primer círculo del infierno que describen los informadores de fray Bernardino de Sahagún a mediados del siglo XVI.²³ Es casi un terror sagrado el que emana de este texto, y que sobrevivirá mucho tiempo en el norte. Por un lado será transmitido por los españoles, que le añadirán su propia experiencia. Hay como un deleite masoquista a través de las largas descripciones de las torturas que los *desnudos* hacían sufrir a sus víctimas²⁴. Por otro lado, los indios sedentarios que acompañan a los españoles en su conquista del norte (otomíes, tarascos, tlaxcaltecas, mexicanos) llevarán con ellos sus terrores y su sed de venganza. En fin, más o menos instintivamente, los “bárbaros” del norte habían comprendido que este miedo reverente que los acompañaba era su mejor arma. Sabían jugar con ella, a veces con un humor macabro: según el misionero Santarén (1604), declaran con gusto: “el español es carne de ternero, el indio de vaca, y los negros de tocino, lo cual experimentaron, por nuestros pecados, en la guerra...”²⁵

En ese contexto, el frente nómada desborda, a principios del siglo XVI, del dominio climático semiárido. Calzado de cada lado por dos ríos (Lerma al oeste, Pánuco al este), roza al centro el paralelo 20°, a menos de 200 kilómetros de Tenochtitlan. Esteriliza entonces las mejores tierras agrícolas, las del Bajío, futuro almacén de grano de la Nueva España. Hay desde el principio una amenaza inminente sobre la capital del virreinato. Una de las primeras tareas de los conquistadores será la de hacer subir hacia el norte esta muralla sangrienta.

Mitos y frontera

¿De qué armas disponen para esto? Son incontables y no podemos analizarlas todas en detalle. Como la frontera era un mundo escondido detrás de un telón aterrador y atractivo, los mitos tienen un papel iniciador importante. Por lo de-

más van a grabarse para siempre en la geografía: California, Florida, Copala, Quivira... Desde 1522, apenas conquistada Tenochtitlan, Cortés piensa en el Pacífico donde “se habían de hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especiería”.²⁶ Para un lector apasionado de novelas de caballería, como Cortés, esto lleva un nombre: la isla de California, el reino de las amazonas. Y en su cuarta relación hace referencia a ella: “se afirman mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón ninguno”.²⁷ Y antes de que él mismo llevara a cabo sus proyectos de exploración (entre 1532 y 1539), Nuño de Guzmán se había ido hacia el norte “en búsqueda de las amazonas, que me dijeron están a diez días”.²⁸

El episodio al que se ligaron más mitos potenciales es la extraordinaria odisea de Albar Cabeza de Vaca y sus tres compañeros, únicos rescatados de la expedición a Florida. Atravesaron a pie todo el continente norteamericano y fueron recuperados por la “civilización” en las costas del Pacífico en 1536. Las descripciones que hace Cabeza de Vaca al virrey Mendoza inflaman la imaginación de éste, activan toda una multitud de mitos, esta vez continentales. Hay en el lejano norte otro México por descubrir, más rico que éste. El virrey no dejará de intentar suplantar a Cortés con otra conquista. Envía como explorador a un franciscano pasablemente fantasioso (o al menos impresionable), Marcos de Niza. Éste alcanza el actual Nuevo México y afirma haber entrevisto ahí Cíbola, más grande que la ciudad de México, la primera de Siete Ciudades míticas. Así, en 1539, Mendoza envía en persecución de ese espejismo a la expedición de Vázquez Coronado. Ésta sube hasta Arizona, después penetra a Nuevo México. Es desde luego un fracaso, pero sus consecuencias son decisivas. La expedición dejó desprotegida frontera adentro (Nueva Galicia), y los indios se sublevan (guerra del Mixtón) (1540-1541): es un momento determinante en la construcción de la realidad del norte. Por otra parte, la expedición relanza la teja más lejos: los soldados traen el mito del reino de Quivira, cuya vajilla era toda de oro y de plata. En fin, fue la primera exploración de lo que se volverá, sesenta años más tarde, la pieza central del *limes* español en el Septentrión: Nuevo México.

Estas diversas experiencias prueban que en este espacio inestable, incierto de la frontera, los mitos se reciclan, resisten todas las desilusiones, tienen siete vidas. Aunque desde el siglo XVI se tuviera la prueba de que California era una península, se olvidó: el reino de las Amazonas no podía ser sino insular. La demostración científica del jesuita Kino a principios del siglo XVIII no bastó. Hubo que esperar la expedición del padre Consang a lo largo del golfo de California para que se admitiera al fin la realidad, en 1746.²⁹ Y por lo demás, aun en 1723 se seguía especulando sobre las “siete grutas o ciudades”, sobre el estrecho de Anián y sobre naciones de cristianos perdidas en medio de las tierras, de origen más o menos misterioso.³⁰ Había que ir entonces *plus ultra* a explorar nuevas tierras.

La avanzada de los rebaños

Estos mitos fueron una especie de luces que, al desplazarse detrás del telón, atraían a los aventureros como a luciérnagas. Pero al mismo tiempo un arma mucho más temible, y que adquirió su propia fuerza de inercia, perforaba la frontera. Se trata de los grandes rebaños. Primero los puercos, alacena ambulante que acompaña todas las expediciones, entre otras la de Nuño de Guzmán. Su expansión fue sin embargo controlada bastante pronto y restringida a los alrededores urbanos: inspiraban por lo demás cierta repulsión a los indios. Con el resto del ganado fue otra cosa, primero los bovinos. Su introducción fue rápida, en particular a partir de las Antillas donde proliferaban. Su multiplicación en México central, densamente poblado, amenazó el equilibrio desde los años 1540. Como eran consustanciales a la colonización española —junto con Cristo, el trigo y la ciudad—, no había otra solución sino repelerlos hacia el norte, donde fueron el rodillo compresor de la avanzada hispánica. El virrey Mendoza (1535-1559) impulsó ese movimiento: él mismo era poseedor de una estancia en Maravatío, entonces al borde de la frontera chichimeca.³¹

Delante de la ola constituida por el *ganado mayor*, los ovinos jugaron el papel de avanzada,

subiendo periódicamente a los confines del noroeste (Nuevo León, Nuevo Santander): pasaban ahí el verano, estación húmeda, luego bajaban a Nueva España. En su apogeo, a principios del siglo XVIII, cada año un millón de cabezas pasaban a Nuevo León y procreaban ahí 300,000 corderos. Esta riqueza, como muchas otras, no quedaba en el norte, puesto que estos borregos pertenecían a los grandes propietarios de México o de Querétaro: grandes centros textiles. Esto era por otro lado la transferencia de mecanismos ya experimentados en otra frontera, la del oeste de Andalucía. Ahí, prácticas comparables de transhumancia, orquestadas por la Mesta (asociación de los grandes ganaderos), habían hecho de toda España occidental una región inestable, sometida a las depredaciones. Estos movimientos de péndulo, estacionales, que afectan zonas extremas, semiáridas, eran frágiles: los pastores estuvieron entre las primeras víctimas de los apaches, al menos en Nuevo Santander.³²

Todos estos aliados de la “civilización” eran temibles agentes aculturadores, o al menos integradores. Transformaron los paisajes, destruyeron los suelos, modificaron la dieta de los indígenas: los chichimecas tomaron gusto a la carne de caballo y de res. Hubo que atiborrarlos para obtener la tranquilidad, y mientras tanto, se lanzaban sobre los rebaños, matando todo a su paso. Sobre todo el ganado, asociado a la explotación minera (por el sebo, la alimentación, el trabajo), riqueza principal de las comunidades indias (misiones, cofradías), orientó la economía, la apropiación del suelo, hizo la fortuna y el poderío de los “señores de rebaños”.³³

Pero el hecho determinante para la frontera fue la adopción del caballo y de la mula por los hombres del norte. Desde el siglo XVII, los coras, feroces adversarios de la colonización, disponían de recuas de mulas que les permitían comerciar entre la costa y su macizo montañoso. Desde la segunda mitad del siglo XVI los chichimecas sabían manejar el caballo; a principios del siglo XVIII los guerreros de las grandes planicies (apaches) lo integraban a su modo de vida y de combatir. Así perdían los españoles una ventaja esencial y las zonas de inseguridad, a través de la frontera, se dilataban peligrosamente.

“Civilización y barbarie”, a la manera del Septentrión

En la herencia que recibió en el reparto la frontera (y primero la del Septentrión), algunos elementos le son más originales (la mayoría acaban de ser evocados), pero recibió también partes del conjunto del sistema colonial. Y por lo demás, ¿en qué medida toda América no fue, durante un tiempo, una gigantesca frontera, cizallada por frentes múltiples? Están en particular las circunstancias de la colonización hispánica, marcada por el doble sello de una conquista guerrera — y ennoblecedora — y de una civilización urbana. Así, la pequeña nobleza es numéricamente importante entre los conquistadores.³⁴ Lo que es más, el rey otorgaba la *hidalguía* a los primeros habitantes de las ciudades fundadas.³⁵ Puesto que el espíritu de conquista (y de pacificación) se mantenía por más tiempo en las zonas de fronteras, marcó más duraderamente a sus habitantes. Aun en 1784 un potentado del norte podía escribir que lo que dirigía su acción era la imitación de sus gloriosos ancestros conquistadores.³⁶ No se había percatado de que los tiempos habían cambiado: ante él no tenía ya indios sin regla de conducta (aparente...) sino un funcionario quisquilloso. ¿Estaba aún en la frontera?

Esta abundancia de fronteras recubre de hecho una sola fractura verdadera: la que separa a la barbarie de la civilización. Podremos definir pronto el estado del bárbaro al tomar la descripción de los indios de Nuevo Santander que hace, a finales del siglo XVII, el miliciano J.H. Sánchez García: viven en grutas o en cimas, desnudos, con un simple taparrabos.³⁷ Ausencia de ropas y de habitación: es precisamente lo que puede traerles la civilización si se siguen las *Nuevas ordenanzas* de 1573: “háseles enseñado policía, visten y calzan, y tienen otros muchos bienes...”³⁸ Es el estado de naturaleza contra el de civilización, es decir contra la ciudad, cuyo valor de ejemplo y poder aculturador son determinantes. Este molde urbano es tan esencial que es reproducido, mal que bien, en las misiones donde los indígenas se encuentran “reducidos”, reunidos. Algunos misioneros que tenían perspectivas amplias, como el jesuita Kino, estiman por lo demás

que misión y presidio, las dos antesalas de “la urbanidad”, no bastan: se necesitan verdaderas ciudades, como puntos de anclaje y también como fuente de impulso.³⁹ Y la red de *reales de minas*, algunos efímeros, otros desafiando a los siglos, no restituye nada más que esos oasis de cultura urbana que propaga España para su mayor beneficio, y cualquiera que sea el desorden que reine en esas “avanzadas de la civilización”.

Sucede, sin embargo, sobre todo en el siglo XVI, que esta fachada “civilizada” no sea más que un señuelo. Luis de Carvajal, fundador de la provincia de Nuevo León, se hizo un especialista de la fundación de ciudades fantasma. Éstas le permitían “marcar” su territorio, cumplir cabalmente con los compromisos tomados con la corona.⁴⁰ Aun así, de operación “fallida” a subterfugio, de error a manipulación deshonesto, la frontera se poblaba, los frentes se multiplicaban y luego se desdibujaban.

Y tomaba una coloración cada vez más marcada: ¿urbana, rural? Si regresamos al modelo norteamericano, tal como Turner lo edificó, con sus ganaderos, sus tramperos y sus agricultores, aparecía como eminentemente rural.⁴¹ El caso hispanoamericano es menos seguro: ya evocamos el ideal, la voluntad política (y religiosa) que empujan hacia la ciudad. Pero están estas grandes haciendas a veces más pobladas que las ciudades... Pero justamente hay una tendencia al agrupamiento, friolento, protector. Hacia 1800, en el extremo Septentrión, al borde del *limes*, apenas una docena de “ciudades” (comprendamos aldeas) se dispersan en cerca de dos millones de kilómetros cuadrados.⁴² Pero es ahí donde se refugiaba a menudo más de la mitad de toda la población; es ahí donde los grandes propietarios locales tomaban la costumbre de construir sus hoteles particulares (si no es en México), es ahí donde se encontraban los centros de decisión y los capitales (más raramente, es cierto).

La segunda mitad del siglo XVIII acentuó la tendencia en este punto. Se vio multiplicar la colonización “a la romana” (a partir de grupos de colonos originarios del imperio, de las Canarias en México), la población se acrecentó rápidamente, la autonomía política del norte se acen-

tuó. La erección de dos nuevas diócesis (Nuevo León en 1777, Sonora en 1779) vino a coronar el edificio de una frontera que se consolidaba y se integraba.

Notemos que en todo esto hay muchas solicitudes externas —españolas para decirlo en pocas palabras—. La frontera, a pesar de sus enormes inercias (distancias, dispersión, estado permanente de guerra) parece haber respondido siempre con lealtad al poder central. ¿Esto implicaba una hispanización o simplemente el reconocimiento de un estado de debilidad permanente que ofrecía una sumisión ampliada a cambio de la protección?

La construcción de las fronteras

1530, la conquista de Nueva Galicia por Nuño de Guzmán, marca el nacimiento de una primera zona de frontera. No tiene aún sino 300,000 a 400,000 kilómetros cuadrados de superficie y se remonta hasta Culiacán a lo largo de la Sierra Madre Occidental, hasta alcanzar lo que fue, hacia el año 1000, la “vieja frontera” chichimeca. Pero al centro y al este, esta primera expansión sigue siendo prudente, roza apenas el verdadero dominio chichimeca.

Habrà que esperar a los años 1540 para que la parte central sea quebrantada. El aplastamiento brutal de la rebelión de los indios caxcanes, que bloqueaban el acceso de Nueva Galicia hacia la Meseta central, permite levantar este cerrojo. Las exploraciones desembocan en 1546 en el descubrimiento “de una montaña de plata”: Zacatecas, futuro polo magnético (*norte* dicen los textos) de la conquista y la colonización en el eje central. Paralelamente, desde la región de México llegan al rescate los rebaños, pero también los primeros indígenas enrolados en las tropas conquistadoras, fundadores de los primeros núcleos en el camino hacia el norte (Querétaro, San Miguel el Grande...), primeros jalones sólidos del *Camino de Tierra Adentro*. Sin embargo, el tercer eje, el oriental, sigue aún anclado en Pánuco, como amorfo. Árido, sin minerales (o casi), su única riqueza es su mano de obra. Este “filón” es explotado extensivamente, por *entradas* repe-

tidas, y su “mineral” exportado hacia México o los centros mineros.

En la segunda mitad del siglo XVI, el esfuerzo esencial se concentra en la zona central, se tiende en dos direcciones. Por una parte una guerra de exterminio es conducida contra los *desnudos*. Éstos, desde 1550, ceden a la codicia de tantas riquezas que pasan a su alcance (y que, por lo demás, como el ganado y los mineros, perturban su ecosistema). Se agrupan en bandas cada vez más numerosas, se ponen bajo el mando de grandes jefes de guerra⁴³ —modificaron pues rápidamente, en la urgencia, su propia organización militar—. Atacan a los convoyes y vuelven las comunicaciones entre la frontera y México muy difíciles.

Esto no altera en nada el apetito de dinero, y ésa es la segunda preocupación. Los centros mineros se multiplican, así como las expediciones hacia el norte, a partir de Zacatecas. En 1555, San Martín, otra posta determinante, comienza a retumbar con el ruido de los picos de los mineros. En 1562, la conquista de Nueva Vizcaya —otro escalón en la progresión— comienza a partir de Durango. En los años que siguen, unos 200 kilómetros más al norte, el distrito minero de Santa Bárbara se consolida a pesar de los incasantes ataques. Es de este último punto de apoyo que en 1598 partirá la expedición de Juan de Oñate, quien al fin integrará Nuevo México al universo fronterizo. Estimulado por las esperanzas puestas en algunos nombres míticos, aguijoneado por los descubrimientos de minas y a pesar del fardo de la guerra, el tronco central estará en su lugar desde 1600.

Al mismo tiempo, los años 1590 conocían cambios decisivos. La guerra “a fuego y sangre” se reveló un fracaso costoso y sangriento. Se adopta una política más humana, que pone por delante conciliación y evangelización. Como la manse dumbre está lejos de ser suficiente, se asocian a ella el presidio —un fortín mantenido por algunos hombres, cuando mucho una cincuentena: sirve de abrigo a las poblaciones vecinas, y de apoyo al trabajo misional—. Y para llevar las cosas al extremo, se añade a ello el ejemplo: se instalan colonias de indios sedentarios que venían del sur entre las poblaciones nómadas turbulen-



El tapado.

tas. Se echa mano particularmente de los tlaxcaltecas, aliados tradicionales de los españoles.⁴⁴

Al mismo tiempo un hombre de personalidad cautivadora fue encargado de aplicar este programa: el capitán mestizo Miguel Caldera, el tipo exacto del hombre de frontera hispánico. Este hijo de un explorador español y de una chichimeca estaba en condiciones de servir de puente entre las dos culturas. Con diplomacia —distribuyendo regalos financiados por el fisco⁴⁵, acompañando hasta México a ciertos jefes indios—, pacificó una vasta región de unos 300 kilómetros de radio, con Zacatecas-San Luis Potosí como centros. Este territorio era esencial a causa de su actividad minera, pero también porque era la articulación entre los “centros” (México, Madrid) y la tierra llamada “de guerra”. Si oficialmente la guerra chichimeca se termina en 1600, continuó subsistiendo en forma larvada (robos de ganado, ataques a los viajeros aislados...). El menor accidente meteorológico, una simple transformación del paisaje humano (aparición de minas, de estancias, de caminos) arrastraban un recrudecimiento de la violencia, mantenida por otro lado por los cazadores de esclavos.

Es por eso que la doble mandíbula hispánica, misión y presidio, vio su función reforzada a partir de estos mismos años 1580-1590. En las dos vertientes de la Sierra Madre Occidental los jesuitas exploraron metódicamente, luego colonizaron a todo lo largo del siglo XVII, valle tras valle, Sinaloa, Sonora, la Tarahumara. Hacia 1700, la expansión jesuita hacia el norte alcanza sus límites con la pacificación de los confines de Sonora y de Arizona (obra de Eusebio Kino) y el principio de la colonización de la península de California. La Meseta central, que tiene como desembocadura a Nuevo México —“su obra”— corresponde por derecho a los franciscanos. Se esfuerzan, con fortunas diversas, por extender la “civilización” a un universo sin límites, tan difícil de trabajar como el océano. De ahí un cierto desaliento, incluso una actitud negativa, que se distingue en el cronista Arlegui a principios del siglo XVIII.

No es que los propios jesuitas se hayan encontrado en un lecho de rosas: en 1645, Pérez de Ribas dedica sus *Triunfos de la fe* (crónica de las

misiones de la Compañía en el norte) a los 20 mártires, “hombres apostólicos que vertieron su sangre predicando el evangelio... entre los bárbaros”.⁴⁶ En el transcurso de la única rebelión tepehuana de 1616, ocho de ellos fueron muertos (con cerca de 200 laicos). Y lo que le siguió fue también trágico: la rebelión de los tarahumaras de 1646, además de la masacre de unos cuarenta habitantes de la misión de San Francisco de Borja, impide la progresión en la región durante dos décadas.

El momento culminante, el de todos los peligros, se sitúa entre 1680 y 1700.⁴⁷ La frontera se inflama en toda su fachada septentrional, la gran rebelión de los Pueblos de 1680 constituye el episodio más grave. Es la primera vez —si olvidamos al Chile meridional— que los españoles deben abandonar un territorio ante la furia india. Habrá que esperar 15 años antes de que Nuevo México sea reconquistado.

En el oeste, una nueva rebelión tarahumara (1697) paraliza de nuevo a los jesuitas. Menos grave, pero sobrestimada por las autoridades, la amenaza francesa que parte de Mississippi se precisa. En respuesta, Texas es ocupado una primera vez en 1691, con el apoyo de los franciscanos, y después de manera definitiva a partir de 1715. Este primer enfrentamiento europeo permite dibujar dos tipos diferentes de colonización: los españoles practican la unión del sable y del agua bendita (crean en Texas un presidio y cuatro misiones), los franciscanos cuentan con la fuerza persuasiva del comercio ante los indios.⁴⁸

Hacia 1700 se comprueba que la frontera resistió bien: incluso rectificó su línea de frente incorporando a ella Texas y Sonora septentrional. No le queda ya, con el tiempo, sino enquistarse progresivamente (sedentarizarse, si se quiere). Sinaloa y una parte de Chihuahua están cada vez más impregnados por las implantaciones españolas. El real de minas de Chihuahua se funda a principios del siglo XVIII y se vuelve a su vez un pivote de la colonización en la Meseta. Pero subsisten algunos enclaves no integrados: Nayarit al oeste (hay que esperar a 1722 para su conquista), Nuevo Santander al este (más o menos hasta 1748).⁴⁹ Más grave aún, la frontera “se internacionaliza” (J.F. Bannon). Sobre todo hacia el es-

te, la avanzada se topa con grupos más difícilmente asimilables, en particular los apaches; su dominio propio es externo a la frontera: ellos mismos son invasores que disponen de su propia carne (los bisontes). En fin, subsiste una dificultad estructural, la escasez de población: el valle de Saltillo, a pesar de estar en el corazón de una antigua colonización, no tiene aún sino 4,200 habitantes en 1700.⁵⁰

Hacia 1700 se alcanza un punto de equilibrio. El anillo externo —de Texas a Sonora septentrional—, pobre en metales, constituye el *limes* detrás del cual la franja argentífera puede trabajar, reabsorber progresivamente sus manchas indómitas. Es ése un panorama clásico, casi “a la antigua”; sin embargo, tres circunstancias van a alterarlo: a partir de 1765, el visitador general José Gálvez organiza a todo el bloque septentrional (incluyendo en él las “viejas” fronteras de Nuevo León y Nueva Vizcaya): hay que racionalizar y economizar a la vez... El virrey, que está lejos, es suplantado en el lugar por un comandante general de las Provincias Internas (1776), luego por intendentes militares.

En segundo lugar viene otra medida “ilustrada”, pero de consecuencias más contrastadas: la expulsión de los jesuitas en 1767. Eran ahí una verdadera potencia económica y social, tanto como religiosa, con sus 117 misiones (en 1748), llevadas ampliamente por apenas una centena de misioneros.⁵¹ El dispositivo, retomado al principio por las otras órdenes religiosas (sobre todo los franciscanos), es de hecho totalmente desmantelado, en beneficio de algunos poderosos, en gran perjuicio de lo esencial de la población. Así, en algunos años, las 28 misiones de la Tarahumara son vaciadas de sus rebaños y los neófitos se reúnen a menudo con los indios “de guerra”: la inseguridad se instala de nuevo alrededor de la ciudad de Chihuahua.⁵²

Finalmente, después de 1750, la sombra de otros dos intrusos se proyecta sobre la frontera. Una es más fantasmagórica que real, pero conduce a un paso decisivo: se sospecha que los rusos quieren ocupar la Alta California. Se emprende pues su colonización desde 1769. La clavija maestra es un religioso, Junípero Serra, a quien se debe, entre otras, la fundación de San

Francisco (1775). La expansión rusa es bloqueada: es una dulce ironía de la historia el ver hoy al franciscano Junípero Serra en una estatua en el Capitolio del muy conservador estado de California...

El otro vecino incómodo, que los españoles descubren en ocasión de diversos juegos de gato y ratón alrededor de Louisiana, es el mundo angloamericano. Éste se vuelve particularmente agresivo después de 1783. Afirma su voluntad de querer detener a los españoles en el paralelo 31°, mientras que éstos reivindican hasta el 36°. El choque de las fronteras, de hecho, comienza apenas; los españoles tienen aliados: los comanches, que tienen como contrarios a los apaches, algunos tramperos franceses (como Pierre Vial) dispuestos a abrir las rutas a la lejana periferia.⁵³

En su juego de equilibrio en la frontera, los españoles se alejan hasta cerca de 3000 kilómetros (Ohio) de su centro. ¿Son jalados por el vacío? ¿Es la lógica expansionista de un imperio aún tradicional, estrechamente expansionista y exclusivo? ¿Hay que conmoverse por la fragilidad de esta construcción jamás terminada, a pesar de los esfuerzos de Gálvez y de sus sucesores para cerrar el *limes* de Texas a Sonora? La envoltura exterior desaparecerá en el transcurso de la primera mitad del siglo XIX y el resto será barrido por un recrudescimiento de la actividad apache. O ¿debemos admirar la perseverancia, la obstinación que permitieron extender progresivamente, a lo largo de tres siglos, la mancha de civilización?

Presidios, misiones y fronteras

Cualquiera que sea su complicidad en la reabsorción de los frentes, son dos instituciones de orígenes muy distintos. El *presidio* demostró ya su efectividad en el *limes* romano y en el transcurso de los diversos episodios de la reconquista, hasta África del norte. Aun cuando el misionero, armado con su fe y abnegación, es también un personaje conocido de la historia medieval, al menos desde Gregorio el Grande, es muy distinto en la misión. Este punto de cristalización, que combina la lucha contra la idolatría y el nomadismo

a través de una vida ordenada en colectividad, es propiamente americano. Es incluso, en sus orígenes, mexicano. La misión nace en el norte, entre los semisedentarios de la Sierra Madre, y en los confines del propio mundo chichimeca (San Luis de la Paz), en los años 1591-1592.

La realidad de la misión es bien conocida, en particular bajo su forma jesuita y paraguaya. Es poco diferente en otros lados, aun si franciscanos y jesuitas tienen sensibilidades diversas. Los hermanos menores fueron (a menudo) menos rígidos, y un tiempo al menos (el XVI) más "apostólicos". En los años 1620, los franciscanos consideraban que en Sinaloa la unión del sable y el agua bendita jesuita era demasiado estrecha.⁵⁴ Pero poco a poco, las diferencias sobre este punto se borraron; es probable que el terrible fracaso que representó la rebelión de los Pueblos en 1680 haya influido en ello: en 1749 un franciscano encabezó una expedición militar contra los moquis.⁵⁵ En conjunto, la actividad de los franciscanos fue más desordenada (trabajaban en un territorio más vasto, con nómadas muy reacios), sus misiones fueron más inestables,⁵⁶ y su número hacia 1760 no alcanzaba la mitad de las de los jesuitas.

El modelo jesuita merece entonces toda la atención, sobre todo porque su afán de propaganda permite tener amplias informaciones. Gracias a Neumann, misionero en la Tarahumara, podemos seguir las diversas etapas de instalación. A partir de 1672, durante dos años, cuatro religiosos preparan el terreno, construyen una capilla y su choza. Aun cuando los jesuitas no ejercen todavía ninguna coerción, los indios comprenden el sentido de esta actividad y se alejan. Todo el arte de los evangelistas consiste en usar la persuasión: "para enseñarles a vivir como cristianos, todo el esfuerzo de los misioneros tendía a formar poblados indígenas". Su arma será encontrar aliados, "escogidos entre los indios que gozan de una mayor autoridad". Y Neumann añade: "más o menos en todos lados, el misionero quedó decepcionado de esos jefes indígenas".⁵⁷ Es sin embargo a partir de ese primer círculo, cercano al jesuita, que comienza la integración, material primero.⁵⁸ Poco a poco el dominio se extiende, la disciplina se endurece, y la "paternal

corrección" se vuelve la regla.⁵⁹ El indígena debe ser a la vez humilde, alejarse del vicio y mantenerse lejos del contacto de la sociedad criolla corruptora. Hay en eso una paradoja que los adversarios de los misioneros sabrán explotar: son a la vez los promotores de la "civilización" y sus detractores.⁶⁰

El jesuita está a menudo solo, tiene que administrar tres a cuatro poblados, es presa del desaliento y del miedo. Se necesitan almas particularmente bien templadas. No hay mejor ilustración de este estado de ánimo que un pasaje de una carta de Santarén, después de 19 años de vida misional (1613): "más da Dios en un desamparo de acá, en un desvío de verse en un monte a pié y a las bestias o cansadas o huidas en una tempestad de nieve que le coge en una noche oscura, el sereno y agua sin tienda ni abrigo, que en muchas horas de oración y encerramiento".⁶¹ Encontramos en esta mística de la acción, uno de los motores del hombre de frontera. ¿Es una herencia del Renacimiento europeo? Tal vez, pero endurecido al fuego de la adversidad y de la hostilidad de otro mundo.

Por lo demás, las misiones supieron adaptarse, en particular cuando fueron confrontadas, en la primera mitad del siglo XVIII, al medio más difícil encontrado hasta entonces, el árido de Baja California. Fue imposible instaurar ahí prácticas totalmente sedentarias, y se establecen misiones "por turnos": las familias indígenas pasaban algunos meses con los religiosos, luego volvían a irse a sus terrenos de caza. Únicamente los niños pequeños eran educados permanentemente en la misión, después eran devueltos a sus familias. El resultado fue desastroso: no habían recibido el aprendizaje de supervivencia que sólo sus padres podían inculcarles y morían rápidamente. Había cerca de 50,000 indios en la península en 1700, no quedaban más que 5,000 en 1800. Y la rebelión de 1735 acompaña la agnía de una frontera.

No todo fue tan trágico y las misiones, a veces en defensa propia, sirvieron perfectamente al objetivo último: integrar a las poblaciones marginales, "en la frontera", al sistema occidental. Crearon una economía que disponía un sobrante, a partir de bienes y de trabajos colectivos. Los

productos eran intercambiados en el interior de la misma provincia jesuita, o vendidos en el mercado libre. Procuraban los medios para obtener los bienes manufacturados (textiles, hachas), que eran para los indios la justificación material de la misión.⁶²

La misión creaba progresivamente una mancha de aceite sobre un océano agitado, donde las perspectivas podían arriesgarse con menos temores. Como lo constataba el jesuita Neumann, los gastos consentidos en la ayuda a las misiones “fueron inmediatamente recompensados por el descubrimiento de nuevas y ricas minas de plata”.⁶³ Sobre todo porque la misión ofrecía una mano de obra pacificada, si no es que aculturada. En 1715, el visitador jesuita de Sonora se lamentaba de la baja de efectivos, de la huida de los neófitos hacia las minas.⁶⁴ Pero a pesar de las aportaciones materiales, no importando la coerción religiosa, la comunidad indígena seguía siendo profundamente hostil. Neumann recordaba que a fines del siglo XVII se habían puesto al día las maniobras de “magos y magas, familiarizados con los malos espíritus”. La epidemia de viruela que se abatió sobre la Tarahumara en 1692 permitió afinar la reacción antiespañola: “había que alejarse de las campanas cuyo sonido atraía a los enfermos. Les decían también que el bautismo contaminaba a los niños...”⁶⁵ El carácter muy antireligioso y antimisional de las sublevaciones es manifiesto,⁶⁶ empezando por la primera, la de Mixton en 1540, en la que se vio a los indios lavarse la cabeza con tinta negra para borrar el bautismo y elevar tortillas de maíz como hostias⁶⁷.

A pesar de todo, con el tiempo, las misiones se consolidaban. Se planteaba entonces otra pregunta: ¿la institución era un fin en sí, estática en un mundo en movimiento? Había que saber pasar la mano y trasladar los esfuerzos más al norte. Eso es lo que escribía en 1744 el visitador de las “viejas” misiones de Sinaloa al provincial en México.⁶⁸ De hecho, el proyecto de secularización se remontaba a 1637,⁶⁹ y permanecerá así hasta 1767. ¿Por qué esta resistencia? Sin duda hay en ello egoísmo de la Compañía. Pero también, para los indios, dejar de ser “fronterizos”, volverse tributarios, no los tentaba forzosamente, y los

refugios inaccesibles de las sierras estaban cercanos...

Las misiones no tenían como único papel el de evangelizar a los neófitos. Tenían un lugar esencial en el dominio del conjunto del espacio fronterizo. No olvidemos que en 1767, contando jesuitas y franciscanos, son cerca de 180 implantaciones (y unos 500 poblados) los que permitían cuadrangular y controlar eficazmente, en particular los reductos todavía inhospitalarios. La disposición de las 28 misiones jesuitas de Chihuahua es edificante. Una parte rodea la sierra, cierra sus puertas de acceso dominando los valles en sus dos vertientes. Las otras están a lo largo de los dos caminos (caminos reales) que atraviesan la cordillera hacia Sonora y Sinaloa.

El propio presidio tiene muchas otras vocaciones que la simplemente militar. Al garantizar un mínimo de seguridad en sus alrededores, se vuelve a menudo un centro de colonización económica y política. El personaje determinante aquí es el capitán de presidio: la mayoría del tiempo es también gobernador (alcalde mayor), y, mucho más oficiosamente, comerciante (mayorista). Reina sobre sus hombres, sobre la provincia, y pone (demasiado a menudo) sus dos primeras funciones al servicio de la tercera.

Podremos encontrar en sus filas a algunas personalidades excepcionales, como Juan Bautista de Anza, que pertenece a una tercera generación de capitanes de frontera, y que abre en 1773 la ruta que une Sonora a la Alta California. Nos cruzaremos incluso con una gloria literaria española, el capitán Alonso de Contreras, perdido un momento en América y capitán de presidios de Sinaloa de 1637 a 1638. Pero los otros, “más expertos en pesos y medidas que con la espada”,⁷⁰ eran más numerosos. Era por lo demás la lógica del sistema, puesto que en el siglo XVIII el cargo se volvió venal. El oficio de capitán de presidio de Sonora valía de 12 a 14,000 pesos: se necesitaba una buena fortuna para adquirirlo, y esto retiraba todo escrúpulo en cuanto a su utilización. Y sus exacciones, sus malversaciones no eran totalmente negativas: contribuían a hacer entrar a la frontera en la economía de mercado. Eran también llevados a demostrar —cuando no encabezaban una entrada, siempre fruc-

tuosa— una mansedumbre extraordinaria hacia los indios, incluso los rebeldes. ¿No eran éstos sus clientes, al menos potenciales? Esta bondad, totalmente comercial, exasperaba a los misioneros que reclamaban siempre castigos ejemplares.

En el siglo XVIII, otra circunstancia contribuyó a integrar más al presidio en la vida de la frontera. Mientras que en el siglo XVII los soldados provenían esencialmente de la dislocación de los *tercios* de Flandes —se llegó incluso a evocar a “Flandes de las Indias”—,⁷¹ el reclutamiento se volvió local en el siglo siguiente. El impulso demográfico en la frontera se conjugaba entonces con un agotamiento de las riquezas (tierras, indios) concentradas entre las manos de los misioneros.⁷²

Progresivamente, al sonido claro de los reales, algunos presidios, con el capitán a la cabeza, mejoraban su vida... Es en todo caso lo que describe un testigo en 1645 a propósito del presidio de San Sebastián (Sinaloa), donde, al llamado del toque de alarma, capitán, soldados e indios se lanzan al ataque del banco de camarones que estaba a lo largo de la costa, y del que extraen lo esencial de sus recursos.⁷³ Pero otros, más al norte o más al este, se despertaban al sonido de los tambores de guerra, como lo recalca el miliciano J. H. Sánchez García en su “Convite de caja”, que colocó a la cabeza de sus memorias. Encontramos ahí el mismo brío —si no la misma calidad poética— que en Bertrand de Born, pero en una tonalidad americana, bien restablecida por la última estrofa:

Las tropas celestiales
ya están a nuestro auxilio.
Sarampión y viruelas,
Contagio el más nocivo,
Soldados milicianos
No temáis a los indios
Rendidos y postrados
Nos tienen a los indios.⁷⁴

Al cabo del tiempo, y de los sobresaltos del enemigo (entendamos el Demonio y sus criaturas, los indios, para los jesuitas), misión y presi-

dio se balanceaban entre institución de guerra (religiosa o no) e institución de paz (económica o no). Es tal vez esta fluidez del tiempo la que tenemos que restituir en sus diferentes niveles.

Tiempo, espacio y cotidiano en los frentes

Está primero el tiempo histórico, el que ve a las manchas indómitas desplazarse, desaparecer o acentuarse sobre la piel de leopardo que constituyen las fronteras. La mancha civilizadora progresa desde el sur y más al norte, a partir de algunos puntos, en aureola. Hacia 1600, toda la franja sur deja de pertenecer a la frontera. A propósito de Guadalajara, en 1620, un observador escribe que los ejercicios que preparan a la guerra declinan ahí desde hace 5 o 6 años.⁷⁵ La rebelión tepehuana de 1616 no logró desbordar de la Sierra occidental hacia la Meseta central: de hecho, entre Zacatecas y San Luis Potosí, los chichimecas desaparecieron ya o están totalmente asimilados.⁷⁶ Después de 1694 y de la reconquista de Nuevo México, éste conocerá una era de relativa estabilidad y prosperidad, a pesar de su alejamiento y la amenaza apache.⁷⁷

Sin embargo, en el borde oriental (Nuevo León, Nuevo Santander, Texas), el siglo XVIII y la colonización traen una multiplicación de los conflictos, en particular ligados a las *entradas* en “tierra de guerra”. De hecho, aunque la esclavitud indígena fue abolida hacia 1550, continúa de una forma semidisfrazada (cautividad a tiempo...), incluso más allá de 1671, cuando la audiencia de Guadalajara trata de poner un término a los abusos. En la Meseta central (Nueva Vizcaya), la pacificación progresa a partir de Parral en el siglo XVII, de Chihuahua en el XVIII. Pero nunca podrá alejar a Nueva Vizcaya del espectro fronterizo, es decir de la amenaza india: en 1649, los habitantes de uno de los barrios de Parral declaran necesitar “una iglesia a qué acudir en tiempo de guerra”.⁷⁸ Para los cinco años 1771-1776, el gobernador de la provincia llevaba una contabilidad rigurosa: de hecho, de los indios *bravos*, había habido 1674 muertos, 154 capturados, 116 haciendas y ranchos abandona-

dos, 68,256 cabezas de ganado robadas.⁷⁹ ¿El tiempo se había inmovilizado en esta región? Volvemos a encontrar esta evolución errática, este tiempo quebrado propios de la frontera.

A nivel del microcosmos, del individuo, ¿de qué están hechos el tiempo y lo cotidiano de la frontera? Aún más que en la sociedad tradicional, la escasez del hombre conduce a la negación de toda especialización, y por lo tanto a la fragmentación y a la diversificación del tiempo. El hombre de la frontera es un hombre universal, capaz tanto de luchar, como de domar un caballo, de fabricar una silla o de conducir un proceso a su término.⁸⁰ De esta manera puede acceder a una cierta forma de libertad que Turner reconocería más tarde. Pero el peligro y la ociosidad consumen también ese tiempo, como para el Nuevo Santander del miliciano Sánchez García.⁸¹ En su crónica, más que la universalidad de los dones, son las cualidades guerreras las que predominan: saber esquivar las flechas sin escudo, por ejemplo. Es una sociedad guerrera, si no es que militarizada, la que se describe, diferente de la que observó Turner. El tiempo está ahí marcado por la brutalidad de irrupciones externas (masacres, epizootias) o meteorológicas.⁸²

Un tiempo entonces, suspendido de lo coyuntural, como lo está la vida incierta del *fronterizo*. Y es éste el mismo “accidente” que el hombre de frontera ahiera al espacio. Lejos de la “gran” toponimia prehispánica (inspirada en el mito y en la propia naturaleza), o misional (cristiana), o política (calcada de la de España), la que maneja Sánchez García está ligada a la memoria de los hechos. “El charco del muchachito” recuerda el episodio trágico en el transcurso del cual los indios, después de haber matado a una familia, ahogaron a un niño. El extremo de una meseta es bautizado “la avería”, porque fue el escenario de otro ataque.⁸³ Detalle notable, toda referencia a una toponimia—local—preexistente está ausente: como si Nuevo Santander hubiera sido una tabla rasa hasta mediados del siglo XVIII. Los indios en esta región fueron repelidos así, fuera del tiempo y del espacio, al menos como agentes positivos.

Y precisamente, ¿qué efectos tenía el tiempo para los indios, incluidas todas las categorías

(neófito, asalariado —*naborio*—, indio de guerra)? La primera constante es la lucha por la supervivencia, y antes que nada biológica. Después del caso de los chichimecas, el de los californianos, tendríamos que evocar aquí el de los opatas de Sonora (50,200 en 1600, reducidos a 4,550 en 1800).⁸⁴

Por lo demás, la muerte no es lo único determinante: la desertión (hacia las zonas no sometidas, hacia las minas y las haciendas) era otra causa de la decadencia de las comunidades. A pesar de los progresos materiales introducidos por la “civilización”, la situación indígena se degradaba con el correr de los años. Los seminómadas habían sido agrupados: de unidades de 200 a 300 habitantes, pasaban a otras que tenían hasta 3,000 personas (como en el Yaqui), más frágiles.⁸⁵ ¿Cómo conciliar prácticas extensivas, la caza, con tales concentraciones? La incitación al regreso al asentamiento disperso era mucho más fuerte puesto que era contraria a las autoridades, cada vez más burocratizadas, centralizadas, cada vez menos evangélicas. Uno de los textos más sombríos sobre la figura del indio es la crónica de la provincia franciscana de Zacatecas de Arlegui, escrita hacia 1730. Incluso los antiguos aliados, tlaxcaltecas, otomíes y mexicas, no encuentran gracia a sus ojos.⁸⁶

El Siglo de las Luces, que vio desarrollarse el mito del “buen salvaje”, fue aquí una edad de bronce, con el regreso a los frentes endurecidos con ciertas prácticas, en las que se incluía la guerra de exterminio.⁸⁷ después de todo, el crecimiento rápido de los grupos mestizos permitía resolver favorablemente el problema de la mano de obra, aunque tuvieran que exportar hacia las Antillas a los indios capturados en el transcurso de expediciones punitivas, así como lo practicaba ya, hacia 1527-1529, Nuño de Guzmán en la misma región.⁸⁸ ¿Hay que sorprenderse de que el testigo (y actor) de estos altos hechos de armas esté forzado a admitir: “así comenzó a introducirse, hacia esos años [1780-1781], la guerra”?⁸⁹

Así, en este espacio, aunque rico, variado, poco poblado, el tiempo no había logrado hacer su obra, lo cotidiano se conjugaba aún con un muro de odio. ¿Tendría razón Tocqueville que no veía en la frontera hispánica sino rastros de sangre?

Hacia otra percepción de la frontera hispánica

Esta afirmación de Tocqueville proviene del cliché: una vez más la frontera muestra su capacidad para fomentar mitos... Faltó aquí un Turner capaz de darles un valor positivo. Después de todo, el mismo odio había separado barbarie y civilización en las otras líneas de divergencia (frontera angloamericana, Chile, Pampa). Hay tal vez un agravante en el caso mexicano —esto tendrá repercusiones esenciales—: los enfrentamientos no tuvieron lugar ante el *limes*, o sobre él, sino detrás de él, en el corazón del dispositivo de la “civilización” (a algunas leguas de Chihuahua, incluso, en el siglo XVI, de Guadalajara o de México). Durante tres siglos, el estrépito y la sangre vertida en la frontera conciernen a los dos tercios del territorio de la Nueva España. No hay duda de que esta integración del miedo en el tejido mismo de la sociedad fronteriza es un dato fundamental. Detrás se perfilan la necesidad de protección y los “ricos y poderosos” hombres del norte, únicos capaces, con sus armas privadas, de otorgarla.⁹⁰ Es otro cliché, bien conocido. ¿Otro mito? En todo caso, un mito bien encarnado, cuyos archivos nos dejan las huellas a cada paso. Exhumemos a uno de estos personajes: el sargento-mayor Antonio López de Villegas se instala en Monterrey alrededor de 1700. Vino de San Luis Potosí, a la cabeza de un grupo de más de 300 personas. Es a la vez labrador, ganadero y minero. Con sus armas, sus caballos y sus hombres participó en dos expediciones contra rebeliones.⁹¹ No hay duda alguna de que tales hombres y los latifundios dominan el paisaje.

Pero por esa razón, ¿deben ocultar el bosque de las pequeñas y medianas explotaciones, que son el origen de la sociedad ranchera de hoy? Así, en Nuevo Santander, en 1795, había 17 haciendas contra 437 ranchos, y la proporción es comparable, en 1783, para las provincias de Sonora y de Sinaloa: 24 haciendas y 378 ranchos.⁹² El caso de Sonora es doblemente interesante. Por una parte, una buena parte de la población no indígena vive dispersa, entre reales de minas y poblados indios: en 1730, una inspección jesuita señala en cerca de la mitad de las misiones “mu-

cha vecindad española”.⁹³ Por ello esos grupos escapaban al dominio directo de los poderosos. Por otra parte, la fase última de la Revolución mexicana de 1910-1930 está precisamente dominada por caudillos de Sonora, que pertenecen a esta clase media cuyos orígenes vemos dibujarse aquí. Otra ironía de la historia, condujeron a sus soldados yaquis hasta México, donde estuvieron un tiempo acantonados en los patios del palacio presidencial.

Así, tímidamente, hay que concebir a las fronteras del septentrión como más abiertas socialmente, más integrativas de lo que los estereotipos del latifundio y de la misión dejarían prever. Y esto incluso para los indios de guerra: un apache logró convertirse en alcalde de San José, en California, los cautivos —en proceso de aculturación— representan hasta 10 por ciento de la población de los indios de Nuevo México en 1750.⁹⁴ Hay que tener en cuenta también la fuerte demanda de mano de obra, aun si esto es variable según las épocas, y sobre todo cierto en las zonas situadas al sur (Nueva Vizcaya, Zacatecas). Ahora bien, aquí el trabajo forzado (esclavitud disfrazada, repartimiento, incluso encomienda) se adapta mal a esta población nómada. Desde el siglo XVI, el Septentrión será el territorio del trabajo asalariado libre: en 1585, el obispo de Guadalajara declara: “van los indios de su voluntad destas tierras de México, de Tlaxcala, de Mechoacán y de otras partes lejanas de más de cien leguas por la ganancia que tienen en aquellas minas [de Zacatecas, Sombrerete, San Martín]”.⁹⁵ Lo que es más, se trata de una mano de obra bien retribuida. Los mineros más experimentados (barreteros) eran pagados en especie y a destajo (un tercio del mineral extraído).⁹⁶ La pericia del carpintero era particularmente requerida, y algunos amasaron verdaderas fortunas, incluso se volvieron mineros.⁹⁷

La palabra maestra, aun cuando la mano de obra se suponía forzada, era inestabilidad: en 1712, el cura de Monterrey afirmaba que no se podía censar a los indios de encomiendas (depositados en casas de particulares) porque, de un año a otro, se iban a territorio de los gentiles (gentilidad).⁹⁸ Esta inestabilidad de las personas era también a menudo profesional, ligada a la

importancia de los transportes en estos universos dilatados: a finales del siglo XVIII los muleros y carreteros representaban cerca de 10 por ciento de la población activa de Sonora y de Sinaloa, 14 por ciento de la del distrito de Fresnillo.⁹⁹ Es un sector por definición en movimiento, pero también portador de libertad, si no es que de desorden. En todo caso, aportaba a la frontera mexicana el mismo soplo que Turner se complacía en encontrar en los tramperos y otros tratables.

Toda aventura minera, y la del norte es tal vez eso antes que todo, carga su lote de vencidos y de beneficiarios. Al analizar la bonanza de Real de Catorce (1779-1790), D. Branding erige una galería de retratos ilustradora: está el descubridor, a menudo un pobre diablo para quien la suerte que se le ofrece es un regalo envenenado.¹⁰⁰ De hecho, la suerte casi no sonrío más que a los que ya la tienen, y el primero en aprovecharla fue un potentado local, descendiente de los conquistadores, por lo demás teniente coronel de la milicia. Pero será desplazado finalmente por otros que llegaron (otra vez este eco sonoro...): por una parte notables criollos (entre ellos el hijo ilegítimo del más grande minero de la época, el conde de la Valenciana), por otra parte mineros pobres u ocasionales (entre ellos un médico milanés). Todo este pequeño mundo entra rápidamente en conflicto, con la sonada victoria de los criollos. Así, las posibilidades de promoción real ofrecidas por la mina —el gran espejismo— son en buena parte un señuelo. A pesar de todo tienen incidencias políticas importantes: la bonanza argentífera consolida a las élites criollas, y entre ellas a las de México. De esta manera la frontera se integra más sólidamente al resto de la Nueva España.

Integración y frontera

Pero no podría haber verdadera integración sin los flujos regulares, nutridos, de hombres y de productos. No es necesario insistir en los obstáculos. Están los de carácter geográfico (distancias, aridez, pantanos, relieve) que determinan por lo demás dos tipos de transporte: mulero en

la parte oeste, más accidentada, acarreo en la Meseta y al este.¹⁰¹ Está sobre todo la hostilidad de los hombres: bandidos de grandes caminos que pululan en la parte sur del Septentrión, indios de guerra por todos lados (sobre todo en la Meseta). Esto dicta condiciones especiales de transporte, una organización de armada, con toneles de agua y de galletas, todo embarcado en pesados carros, y otros tantos cruceros. Esto sobre todo para el transporte más largo, el más expuesto, el que tenía destino en Santa Fe. La flotilla que unía Chihuahua a Nuevo México (el tramo más expuesto), no se arriesgaba más que cuando los efectivos eran al menos de 500 hombres.¹⁰²

Tales condiciones no pueden actuar sino como un freno, pero ¿éste bloqueaba verdaderamente la máquina, fuera de los periodos (numerosos) en que los indios de guerra estaban particularmente turbulentos? A nivel interno, las complementariedades cumplieron bien su papel: en particular la red de las misiones jesuitas funcionaba con todo un juego de compensaciones, de ayuda mutua, las más antiguas alentaban a las más nuevas (por ejemplo con dotaciones de rebaños). Por otro lado estas mismas misiones entraron desde el siglo XVII en un proceso de intercambios activos con el sector minero.¹⁰³

De cierta manera, la inestabilidad crónica de este espacio explica también estos intercambios incesantes. Pero no hay que ver en estos movimientos brownianos un simple desorden: la inmensidad, las historias diferentes de los diversos frentes (o regiones) crearon células autónomas. La provincia de Santa Bárbara (Parral), bien analizada por Ch. Cramaussel,¹⁰⁴ puede servir aquí de modelo, sobre todo porque está a medio camino entre las bases de atrás (Durango, Zacatecas) y el *limes* (Nuevo México), lo que le preservó una relativa autonomía. Su historia, hasta la fundación de Parral en 1631, es muy agitada: los dos principales centros (Santa Bárbara y el real de Indé) serán abandonados en varias ocasiones, una parte de la población participará en la conquista de Nuevo México. Y sin embargo, en medio de estos azares, hay como una cohesión de conjunto, puesto que las élites pasan de un centro al otro, al interior de la provincia, hasta

alcanzar una cierta estabilidad, iniciar una expansión racional (a principios del siglo XVII).

Las diversas etapas de las migraciones apoyan este análisis. Así, el descuento de los decesos después de la fundación de Parral (1649-1676) revela que los inmigrantes dominan (forzosamente), pero entre ellos hay numerosos indios de Sonora o incluso apaches (19 por ciento en total), pocos colonos que venían de círculos más lejanos (Nueva Galicia, región de México). Pero puesto que el norte era una gigantesca mesa de juego, se ven infiltrarse ahí a los verdaderos aventureros, los que vienen de muy lejos.¹⁰⁵ No es sino excepcionalmente que se asiste a una emigración directa desde las zonas situadas al sur del Septentrión. Es el caso, desde luego, cuando hay una verdadera colonización, coordinada (tlaxcaltecas en el siglo XVI, colonias del noreste en el XVIII...). La transhumancia crea así lazos entre la región de Querétaro y Nuevo León y Nuevo Santander.

¿Correspondía al transporte, al comercio, quebrar las particularidades, siempre presentes, en el interior de un espacio casi continental por sus dimensiones? De hecho, la verdadera responsabilidad del transporte era la de preservar el cordón umbilical con el centro de Nueva España. La distancia actúa innegablemente como un filtro: los artículos son a la vez vitales (manufacturados) y fácilmente transportables (telas).¹⁰⁶ En suma, los costos de transporte son elevados, pero en promedio soportables: de México al corazón masivo de Sonora, encarecen —en conjunto— el precio de compra en un 40 por ciento. Pero hay grandes disparidades en el detalle (159 por ciento para el azúcar, 26 por ciento para los textiles).¹⁰⁷ Y en este ejemplo del siglo XVII, hay que tener en cuenta la proximidad de Parral y del camino transitado de *Tierra Adentro*, que arrastran los precios hacia abajo.

Reconozcamos que los transportes no son el gollete de estrangulación tiránico que podríamos dar por descontado. ¿Son por ello un factor de cohesión? De hecho economía y transportes (incluida la transhumancia) tienen una acción contradictoria: por una parte acentúan los rasgos regionales (ganadería extensiva, minas), por otro lado orientan el todo hacia el exterior, hacia la extracción de los rebaños y de la plata.

Los hombres de la frontera y su universo

¿Qué queda para unificar al Septentrión? ¿Los hombres? Es la cosa más difícil de encontrar (y tal vez la más desperdiciada, a través de las masacres incesantes). Hacia 1800, en el mejor de los casos, no se cuenta más de un habitante por dos kilómetros² (Nueva Vizcaya). En esta fecha Texas no tiene más que 21,000 habitantes, y con sus 40,000 sedentarios, hace el papel de colonia de poblamiento. Es cierto, el centro de gravedad está más al sur, con Nueva Vizcaya (160,000 habitantes) o Sonora (121,000).¹⁰⁸ Finalmente, menos de medio millón de habitantes para cerca de 3 millones de kilómetros cuadrados: la superficie del imperio romano, pero un centésimo de su población...

¿Se puede hablar de rasgos comunes a esta población, más allá de un cierto estado de ánimo y de comportamientos ya evocados (inestabilidad, flujos migratorios)? Tal vez, pero habrá que revisar también algunas ideas establecidas. Sin duda el Septentrión, los frentes que lo cizallan son otras tantas "Rochelas" —para retomar la expresión de un testigo del siglo XVII—,¹⁰⁹ donde cripto-judíos, malhechores con problemas con la justicia, y sobre todo apóstatas indios, encuentran otros tantos refugios. Probablemente la población está más mezclada que en otros lados y se anticipa a los procesos de mestizaje del México central.¹¹⁰ Pero el fenómeno está menos generalizado y menos desordenado de lo que parecería a primera vista. En particular el mestizaje tiene dificultades para imponerse en las líneas del frente más afirmadas o las más recientes. Así, en Saltillo, siempre en avanzada, los españoles representan aún el 60 por ciento de la población en 1793.¹¹¹ Pero el ejemplo más claro es el de "las fronteras de San Luis Colotlán", especie de *limes* interno donde los grupos étnicos "puros" dominan, se rehusan, viejo reflejo de reconquista, a todo compromiso "a la americana", incluso biológico.¹¹²

A fin de cuentas, el miedo y el odio, hasta el final, quebrantan los espíritus, contribuyen así a hacer de la frontera un mundo aparte, a la vez innovador, pero también conservador de ciertos

comportamientos olvidados más al sur. ¿Hay que concluir con esta nota, en resumidas cuentas desesperante? Tal vez. Debemos reconocer que todo está endurecido al fuego en este universo, incluso las imágenes santas, que llevan de manera milagrosamente indeleble las huellas de los ultrajes infligidos por los salvajes. Es el caso de Nuestra Señora del Hachazo, o del Cristo crucificado del flechazo, víctimas de la rebelión tepehuana.¹¹³ En este mismo registro, otras recetas de las tierras de frontera tomaron vida: así, vírgenes de frontera (Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, la de Nochistlán) recorrieron todo el norte, en cientos de kilómetros, sembrando devoción y milagros. A su manera consolidaban el espacio, pero también los espíritus.¹¹⁴

Pero no todo era regreso a la Reconquista y a

una hispanización dura, aun si estos rasgos no pueden dejarse de lado. El espacio, el nomadismo de los primeros habitantes, la política de evangelización son elementos nuevos que exigen respuestas americanas. Éstas fueron encontradas a través de las misiones, una administración relativamente autónoma, una prospección difícil pero fructuosa de las inmensidades. El territorio fue reconocido, nombrado, colonizado, a menudo hasta el límite de las posibilidades de la época. Kino, Serra merecieron las estatuas que perpetúan su recuerdo.

A pesar de la escisión brutal que conoce en el siglo XIX, la fuerte personalidad de esta frontera supo imprimir su huella sobre la geografía y sobre los hombres. Desde este punto de vista es tan vivaz (y americana) como la angloamericana.

Notas

¹ Hay numerosas ediciones de su ensayo *The Significance of the Frontier in American History*, de 1893; utilizamos la traducción española publicada en F. de Solano y S. Bernabeu, *Estudios (Nuevos y Viejos) sobre la frontera*, Madrid, 1991, pp. 9-44; en la misma obra, más adelante encontramos la traducción del muy importante artículo de Herbert E. Bolton sobre la misión como institución de la frontera (data de 1917).

² Ver a A. Hennessy, *The Frontier in Latin American History*, Albuquerque, 1978, pp. 6-27.

³ *Archivo General de Indias* (AGI), Guatemala 43.

⁴ *Crónica del Nuevo Santander* (prólogo de Candelario Reyes Flores), Ciudad Victoria, 1977, 229 p.

⁵ "Frontero al cerrito de Calzones", p. 57. A veces es *fronteras*, con el mismo sentido, p. 212.

⁶ "Este [indio] que transitó estas fronteras", p. 192; "los indios bárbaros del Picacho y todas aquellas fronteras", p. 216.

⁷ El plural deja sus huellas en la toponimia: Presidio de Fronteras (norte de Sonora); en la organización administrativa: provincia "de las fronteras de San Luis Colotlán".

⁸ Por diferentes que sean los medios, la lógica de las situaciones de "frontera", la toma de conciencia de su complejidad, permiten levantar numerosos puntos de comparación a nivel del léxico con el caso francés, ver a D. Nordman, *Frontières de France. De l'espace au territoire. XVIe-XIXe siècle*, París, 1998.

⁹ *Historia de la Nueva México*, México, 1993 [1610], p. 260.

¹⁰ Ver, entre otros, a P. Ragon, *Les amours indiennes, ou l'imaginaire du conquistador*, París, 1992, 272 p.

¹¹ Ver a M. C. Velázquez, "La navegación transpacífica", *Historia Mexicana*, núm. 70 (octubre-diciembre de 1968), pp. 159-178, y W. M. Mathes, *Sebastián Vizcaino y la expansión española en el Océano Pacífico, 1580-1630*, México, 1973, 143 p.

¹² E. Florescano, "Colonización, ocupación del suelo y 'frontera' en el norte de la Nueva España, 1521-1570", en A. Jara (ed.), *Tierras Nuevas*, México, 1973, p. 46.

¹³ Lat. En el imperio romano, zona de fortificaciones más o menos continua que rodea la frontera de una provincia. (N del t.)

¹⁴ E. Bolton, "La misión como institución de la frontera en el Septentrión de Nueva España", en F. Solano y S. Bernabeu (ed.), *op. cit.*, p. 54. Aun si en la lógica norteamericana la Florida y Louisiana forman parte de este conjunto, en el marco mexicano su importancia es menor, sobre todo porque la Florida era administrada desde las Antillas.

¹⁵ *De la démocratie en Amérique*, París, tomo I, 1981, [1835], p. 383.

¹⁶ *Ibid.*, p. 414.

¹⁷ Ampliamente retomadas por John Francis Bannon, *The Spanish Borderlands Frontier. 1513-1821*, Nueva York, 1970, 308 p.

¹⁸ En caso de que existieran límites naturales reales, fuera de las riberas.

¹⁹ "Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", *Acta Americana*, núm. 1, 1943, pp. 92-107.

²⁰ Sobre los modos de fabricación y los efectos del veneno, ver Juan Nentwig, *El rudo ensayo. Descripción*

geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, 1764, México, 1987, p. 81.

²¹ El sentido exacto del término no es seguro, aun si la raíz se refiere a perro (*chichi*): comedores de perros, estirpe de perros...

²² Una cierta ósmosis se manifiesta en efecto, en particular en la región de Río Verde, D. Michelet, *Río Verde. San Luis Potosí*, México, 1996, 437 p.

²³ "It is a place of misery, pain, suffering, fatigue, poverty, torment. It is a place of dry rocks, of failure; a place of lamentations; a place of death from thirst; a place of starvation. It is a place of much hunger, of much death. It is the north", traducción inglesa del texto náhuatl, de C.E. Dibble y A.J.O. Anderson, *Florentine Codex. General History of the Things of New Spain*, libro XI, cap. XII, 1963, § 4.

²⁴ Ver Gil González de Ávila, *Guerra de los chichimecas*, Guadalajara, 1994 [c. 1580], pp. 13-14; P. José Arlegui, *Crónica...*, op. cit., p. 138.

²⁵ L. González, *El noroeste novohispano en la época colonial*, México, 1993, p. 162

²⁶ Tercera carta de relación a Carlos V, 15-5-1522, *Cartas de relaciones*, México, 1967, p. 137.

²⁷ *Ibid.*, p. 154.

²⁸ Carta al Emperador, 8-7-1530, A. Blázquez y Th. Calvo, *Guadalajara y el Nuevo Mundo. Nuño Beltrán de Guzmán: semblanza de un conquistador*, Guadalajara, 1992, p. 225.

²⁹ Ver el relato de la expedición, E.J. Burrus y F. Zubillaga (ed.), *El noreste de México. Documentos sobre las misiones jesuíticas, 1600-1769*, México, 1986, pp. 497-535.

³⁰ Ver el proyecto de colonización de Moqui—territorio hopi—, región de Colorado-Gila, presentado por el jesuita José Agustín de Campos, en L. González, op. cit., pp. 444-445.

³¹ Véase B. García, "Los primeros pasos del ganado en México", *Relaciones*, núm. 59, p. 29.

³² "Los pastores fueron los primeros que transitaron y anduvieron estas tierras y aun en cierto modo los primeros que recibieron de los indios el martirio por propagar la fe", J.H. Sánchez García, op. cit., p. 54.

³³ Personajes muy analizados, ver F. Chevalier, *La formation des grands domaines au Mexique. Terre et société aux XVI-XVII siècles*, París, 1952, 480 p., y E. Florescano, op. cit.

³⁴ De los 168 participantes a la primera expedición de Pizarro, 25 por ciento eran calificados de *hidalgos*, ver A. Hennessy, op. cit., p. 30.

³⁵ *Nuevas ordenanzas de descubrimiento, población y pacificación de las indias (1573)*, cláusula 100.

³⁶ Citado por D. Brading, "Poder y justicia en Catorce (1779-1805)", *Relaciones*, núm. 69, p. 100: "mi objeto en la comisión era el honor y mérito de adelantar aquellos pueblos a semejanza de otros que formaron mis antepasados conquistadores de este reino".

³⁷ "Los indios viven en cuevas o peñascos. Sus vestiduras: los más en cueros vivos y sólo cubiertas las partes

vergonzosas con un pabico que comúnmente se le dice así: taparrabo", op. cit., p. 65.

³⁸ Cláusula 142.

³⁹ En 1702-1706, Kino propone fundar una nueva ciudad en la región de Colorado-Gila: "en breve, con las minas y tierras fértiles y comercio de China podrá ser cabeza de un virreinato", en L. González, op. cit., p. 437.

⁴⁰ Ver la relación que el virrey Villamanrique deja a su sucesor, 14-2-1590, en *Instrucciones y memorias de los virreyes novohispanos*, México, 1991, t. I, pp. 235-236.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 26-29.

⁴² San Antonio Texas, Santa Fe en Nuevo México (la principal con 5000 habitantes), Tubac en Arizona y San Diego en California son las principales. Ver E. Florescano e I. Gil Sánchez (comp.), *Descripciones económicas regionales de Nueva España. Provincias del norte, 1750-1814*, México, 1976, 359 p., y J.F. Bannon, op. cit., p. 233.

⁴³ Ver G. Gonzáles de Avila, op. cit., p. 12. Sobre el tema de los temibles guachichiles: "también avia otro gran señor de mucha gente de ellos, que se llamó Xale, éste poseía lo más del Tunal Grande". Sobre esta guerra, ver P.W. Powell, *La guerra chichimeca (1550-1600)*, México, 1977, 308 p.

⁴⁴ En 1591, un grupo de 400 familias tlaxcaltecas es distribuido entre ocho centros de colonización: en particular cerca de Colotlán, una de las fronteras sensibles a todo lo largo de la época colonial; cerca de Saltillo, una de las avanzadas extremas de entonces; al lado de San Luis Potosí, centro minero naciente. Los 400 jefes de familia recibieron, entre otros privilegios, la exención del tributo y la hidalguía; ver C. Gibson, *Tlaxcala in the Sixteenth Century*, Stanford, 1967 [1952], pp. 181-189.

⁴⁵ Durante su administración en el norte, 1590-1597, se repartieron más de 14,000 cobertores, cerca de 80,000 metros de sayal, 11,000 pares de botas y de zapatos, abalorios, tabaco, 663 hachas para madera..., ver P.W. Powell, *Capitán mestizo: Miguel Caldera y la frontera norteña. La pacificación de los chichimecas (1548-1597)*, México, 1980, pp. 287-288.

⁴⁶ Edición de México, 1944, t. I, p. 112.

⁴⁷ Ver J.F. Bannon, op. cit., capítulo V, y J. Neumann, *Révoltes indiennes tarahumars (1626-1724)*, París, 1969, [1730], capítulo IV.

⁴⁸ Ver J.F. Bannon, op. cit., p. 117.

⁴⁹ Entre 1748 y 1755, José de Escandón funda ahí unas 20 colonias.

⁵⁰ J. Cuello, *El norte, el noreste y Saltillo en la historia colonial de México*, Saltillo, 1990, p. 141.

⁵¹ En 1726, de los 525 jesuitas de Nueva España, 106 están en las misiones. Cf. J. Neuman, op. cit., p. 163. Sobre la repartición de las misiones ver Burrus-Zubillaga, op. cit., pp. 591-599.

⁵² H.B. Benedict, "El saqueo de las misiones de Chihuahua, 1767-1777", *Historia Mexicana*, núm. 85, pp. 24-33.

⁵³ Vial une San Antonio a Santa Fe en 1786-1787, ver J.F. Bannon, op. cit., pp. 200-201.

⁵⁴ "Y blasonavan [los franciscanos] que ellos eran

verdaderos misioneros, como lo fueron los apóstoles, sin ruido de armas y presidios." Y el observador jesuita responde: "pero no tiene que alvararse; que por eso, hacen tan poco en el Nuevo México, que nunca va a más, desde que faltaron soldados", Burrus-Zubillaga, *op. cit.*, p. 91.

⁵⁵ "Allí se les presentó [a los militares] fray Menchero, que, con sus recaudos de que estaba bien proveído, los obligó a seguirlo y a reconocerlo como su conductor y caudillo", Burrus-Zubillaga, *op. cit.*, pp. 311-312.

⁵⁶ Sobre todo en Texas, ver P. Gerhard, *The North Frontier of New Spain*, Princeton, 1982, p. 339.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 27

⁵⁸ F.X. de Faria, *Apologético defensorio y puntual manifiesto*, Culiacán, 1981 [1657], pp. 70-72: "alcancándoles a todos, como a más allegados a nosotros, el sayal, el paño i demás géneros de ropa valadí i ordinaria".

⁵⁹ Ver su defensa, por F.X. de Faria, *op. cit.*, p. 153.

⁶⁰ Ver el texto de un jesuita anónimo, hacia 1753, Burrus-Zubillaga, *op. cit.*, p. 331.

⁶¹ Dabs L. González, *op. cit.*, p. 148.

⁶² Ver C. Radding, "la economía misional y la subsistencia indígena en Sonora, siglo XVIII", *TRACE*, núm. 22, pp. 59-72; en la misión de San Pedro de Aconchi, para 1720-1766, 69 por ciento de los gastos conciernen a este tipo de compras.

⁶³ *Ibid.*, p. 167.

⁶⁴ "Y aunque las epidemias en parte han sido la causa, no es la menos la continua saca de indios para minas y morteros... pues cada particular, aunque sea mestizo o mulato, se sirve de indios, atraídos de la libertad de vivir a sus anchas", L. González, *op. cit.*, p. 465.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 59-61.

⁶⁶ Ver a L. González, *op. cit.*, pp. 385 y 287; J. Neumann, *op. cit.*, p. 85.

⁶⁷ J.F. Román, "Los indígenas de Juchipila alrededor de 1540-1547", *Estudios Jaliscienses*, núm. 23, pp. 24-25.

⁶⁸ "Estas misiones están cercadas de realitos de minas y, casi en medio de ellas, está el curato de Chico. No son mucha gente y están echas a tratar con los españoles, especialmente mineros...", Burrus-Zubillaga, *op. cit.*, p. 164.

⁶⁹ L. Gonzáles, *op. cit.*, p. 201.

⁷⁰ Según un jesuita, citado en J.L. Mirafuentes, "Elite y defensa en Sonora, siglo XVII", *Historias*, núm. 12, p. 70.

⁷¹ Es cierto, a propósito de la frontera de Chile, por el jesuita Diego de Rosales.

⁷² En el siglo XVII, el reclutamiento de los soldados es de 81 por ciento de peninsulares, 13 por ciento de criollos; en el siglo XVIII, 16 y 81 por ciento. Ver J. Marchena Fernández, "Las levas de soldados a Indias en la Baja Andalucía. Siglo XVII", en *Andalucía y América en el siglo XVII*, Sevilla, 1984, t. I, p. 94.

⁷³ Ver S. Álvarez, "Chiametla, una provincia olvidada del siglo XVI", *TRACE*, núm. 22, p. 22.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 65-66.

⁷⁵ Añade: "con haberse engrandecido en este tiempo en otras cosas la ciudad"; D. Lázaro de Arregui, *Descripción de la Nueva Galicia*, Guadalajara, 1980, p. 115. Ya hacia 1602, el obispo A. De la Mota y Escobar afirmaba que no conocía a nadie experto en el arte de la guerra,

Descripciones geográficas de los reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León, México, 1940, p. 115.

⁷⁶ W. Borah, "La defensa fronteriza durante la gran rebelión tepehuana", *Historia Mexicana*, núm. 61, pp. 15-29.

⁷⁷ A principios del siglo XIX, sus caminos "todos son seguros, y el viajero no camina con el temor de que un salteador le quite sus intereses o le dé la muerte", citado por Florescano y Gil Sánchez, *op. cit.*, p. 224.

⁷⁸ Ch. Cramaussel, "La urbanización primitiva del real de Parral", *TRACE*, núm. 22, p. 43.

⁷⁹ J.F. Bannon, *op. cit.*, p. 183.

⁸⁰ Ver G. de Villagra, *op. cit.*, p. 263, y D. Lázaro Arregui, *op. cit.*, p. 65.

⁸¹ "Para quitar ratos a esta ociosidad me he puesto a escribir este cuadernillo", *op. cit.*, p. 65.

⁸² *Ibid.*, p. 81.

⁸³ *Ibid.*, p. 102.

⁸⁴ P. Gerhard, *op. cit.*, p. 285.

⁸⁵ E. H. Spicer, *Los yaquis, historia de una cultura*, México, 1994, p. 61.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 136: "que aunque tienen alguna política, hay mucha barbaridad... con ningún racional estilo".

⁸⁷ M.T. Huerta Preciado, *Rebeliones indígenas en el noreste de México en la época colonial*, México, 1966, p. 106.

⁸⁸ Ver el poema que dedica Sánchez García al gobernador de Nuevo Santander, que en 1780 encabeza una entrada:

despacho ciento cincuenta
sin los muertos y escapados
y los chicos maniatados
mal heridos: a la Havana
van porque vuela la fama
del teniente y sus soldados

ibid., p. 137.

⁸⁹ *Idem.*

⁹⁰ Ver especialmente toda la segunda parte de F. Chevalier, *La formation des grands domaines au Mexique. Terre et société aux XVIe-XVIIe siècles*, París, 1952.

⁹¹ S. Zavala, *Entradas, congregas y encomiendas en el Nuevo reino de León*, Sevilla, 1992, pp. 71-72.

⁹² Citado por J. Cuello, *op. cit.*, p. 74.

⁹³ L. González, *op. cit.*, pp. 478-491.

⁹⁴ D.J. Weber, *The Spanish Frontier in North America*, Yale, 1992, pp. 307-308.

⁹⁵ Citado por I. Del Río, "Sobre la aparición y desarrollo del trabajo libre asalariado en el norte de Nueva España (siglos XVI y XVII)", en E.C. Frost, H.L. Meyer, J.S. Vázquez (comp.), *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*, 1979, p. 103.

⁹⁶ A. Bolaños, a finales del siglo XVIII, ver D. Brading, "La minería de la plata en el siglo XVIII: el caso Bolaños", *Historia Mexicana*, núm. 71, p. 329. En el momento del

boom, en Bolaños, se debió hacer pasar los salarios de 4 a 5 reales por día, lo que estaba muy por encima de las normas, p. 323.

⁹⁷ En Parral, en el siglo XVII, ver Ch. Cramaussel, "La urbanización primitiva...", *op. cit.*, p. 48.

⁹⁸ S. Zavala, *op. cit.*, p. 104.

⁹⁹ Florescano y Gil Sánchez, *op. cit.*, pp. 137-149, 131-132.

¹⁰⁰ Aquí se trata de un "negrito amulatado" que se hunde en las brumas del alcohol, "Poder y justicia en Catorce (1779-1809)", *Relaciones*, núm. 69, p. 95.

¹⁰¹ Ver a Th. Calvo, *Por los caminos de Nueva Galicia: transportes y transportistas en el siglo XVI*, México, 1997, 190 p.

¹⁰² Ver Florescano y Gil Sánchez, *op. cit.*, pp. 284-285; Th. Calvo, *Por los caminos*, *op. cit.*, p. 36.

¹⁰³ A mediados del siglo XVII, F.X. de Faria escribe "que algunos aviadores de minas... cuando no tienen bastimentos propios... acuden a qual o qual Padre que tienen cerca de el Real, para que les socorra con algún bastimento", *op. cit.*, p. 131. Un reporte de 1730 sobre la provincia jesuita de Sonora recuerda que ésta "ha aliviado los trabajos de la provincia de Californias desde que se fundó. La que en todas las campañas que han hecho los soldados y vecinos los ha aviado con caballos y bastimentos", citado en L. González, *op. cit.*, p. 511.

¹⁰⁴ *La provincia de Santa Bárbara en la Nueva Vizcaya, 1563-1631*, Chihuahua, 1990, 110 p.

¹⁰⁵ Solamente 34 emigrantes muertos vienen de la región de México, contra 67 de España; para el conjunto, ver V. Mayer (tesis inédita), *The Black Slave on New Spain's Northern Frontier: San José de Parral, 1632-1676*, Ann Harbour, 222 p. El estudio de M.M. Swann sobre la región minera de Chihuahua en el siglo XVIII confirma que el radio promedio de reclutamiento de inmigrantes es de 200 a 300 kilómetros, es decir, que queda circunscrito al norte, "Migration, Mobility, and the Mining Towns of Colonial Northern Mexico", en D.J.

Robinson (ed.), *Migration in Colonial Spanish America*, Cambridge, 1990, p. 159.

¹⁰⁶ Th. Calvo, *Por los caminos*, pp. 104-108.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 124.

¹⁰⁸ Ver A. de Humboldt, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*, París, 1997 [1811], t. I, p. 185.

¹⁰⁹ Fray A. Arias y Saavedra, autor de un reporte sobre Nayarit en 1673, publicado por Th. Calvo, *Los albores de un nuevo mundo: siglos XVI y XVII*, México, 1990: "es rochela de judíos", p. 304.

¹¹⁰ Así en el distrito de Mazapil, a 250 km. Al noreste de Zacatecas, en 1778, los de sangre mezclada representaban un 62 por ciento de la población, contra 11 por ciento de los españoles y 27 por ciento de los indios, F. Langue, *Mines, terres et société à Zacatecas (Mexique) de la fin du XVIIe siècle à l'Indépendance*, París, 1992, p. 285.

¹¹¹ L. Scott Offutt, *Una sociedad urbana y rural en el norte de México: Saltillo a fines de la época colonial*, Saltillo, 1993, p. 233.

¹¹² R. D. Shadow, "La frontera norteña de Nueva Galicia: las parroquias de Colotlán, 1725-1820", *Relaciones*, núm. 25, p. 60; en 1726-1730, hay 86 por ciento de indios, 9 por ciento de españoles, 5 por ciento de sangre mezclada; en 1816-1820 se pasa respectivamente a 55, 37 y 8 por ciento.

¹¹³ Ver Arlegui, *op. cit.*, pp. 56-57. Por lo demás, en San Miguel el Grande, desde la guerra chichimeca se veneran dos imágenes llamadas "señores de la conquista", ver D. Wriht, "La conquista del Bajío y los orígenes de San Miguel Allende", *Memorias de la academia mexicana de historia*, tomo XXXVI, pp. 274-275.

¹¹⁴ Ver Th. Calvo, "El zodiaco de la Nueva Era: el culto mariano en la América Septentrional hacia 1700", en C. García, M. Ramos (coord.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, 1997, p. 275, y "Relación o descripción del curato de Nochistlán, con su padrón" (anónimo, del 17-11-1651), en *Tres viejos relatos*, Guadalajara, 1975, p. 17.



El revolucionario.